

ANT-XIX-1294(10)

LA CUESTION

DE

GIBRALTAR.

APUNTES HISTORICOS, CRITICOS Y POLITICOS.

POR DON L. ACOSTA DE LA TORRE, Pbro.,

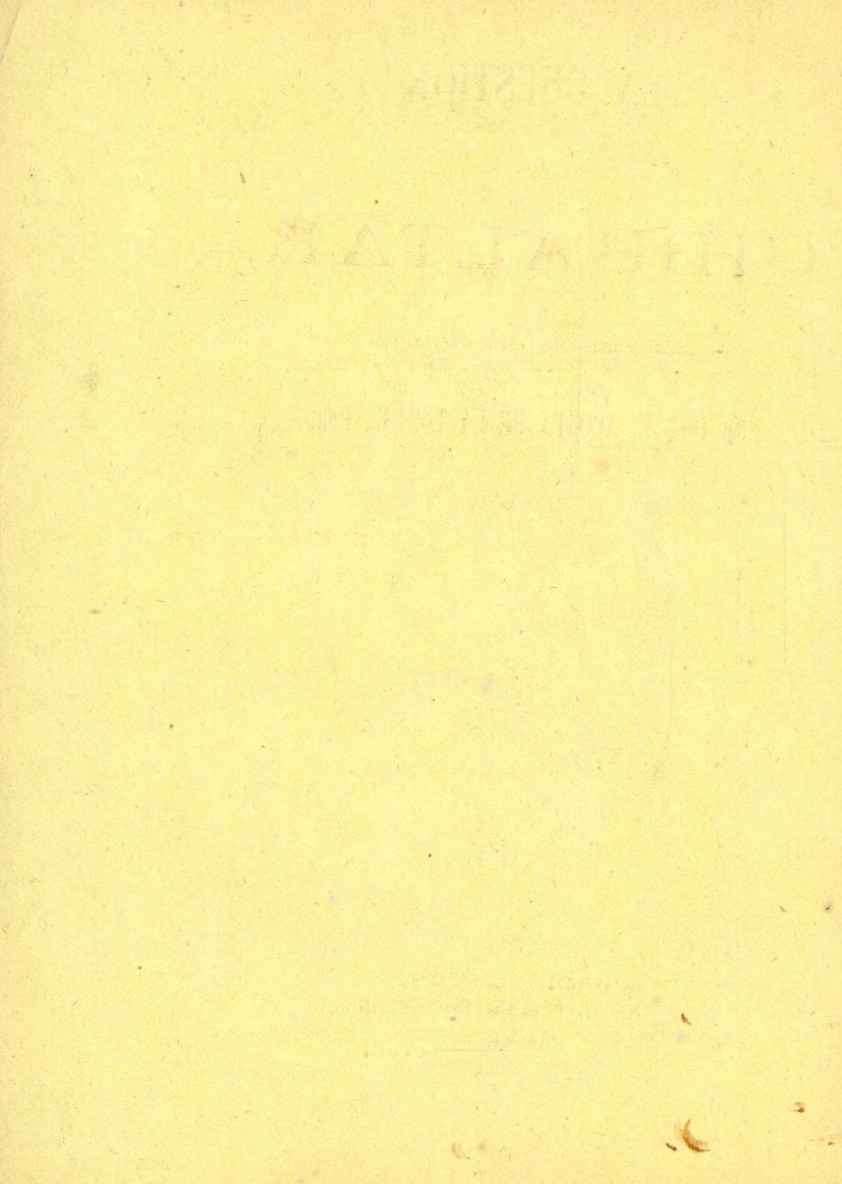
Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.



MADRID: 1869.

Imprenta de Tomás Rey y Compañía.

FOMENTO, 6.



R. 31875

LA CUESTION DE GIBRALTAR.

APUNTES HISTORICOS , CRITICOS Y POLITICOS ,

POR DON L. ACOSTA DE LA TORRE, Pbro.,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid.



MADRID: 1869.

Imprenta de Tomás Rey y Compañía.

FOMENTO, 6.



LA CUESTION

DE

GIBRALTAR.

LIBRERIA DE DON JUAN DE LOS RIOS Y CAÑAS

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

Esta obrita se ha escrito teniendo á la vista las historias de *Ayala*, *Montero* y *Tubino*, que son las mejores y más completas que sobre Gibraltar existen.



MADRID: 1833

Imprenta de Tomás Rey y Compañía

Puerto, 5.

A LOS EXCMOS. SEÑORES

DON JOSÉ CAMPO

Y DOÑA ROSALÍA REY DE CAMPO

Dedica este trabajo, en testimonio de
consideracion y de respeto, su afec-
tísimo servidor y capellan,

EL AUTOR.

1-100-10000-10000

DOZ JOSÉ CAMPO

Y DOZ ROSALBA REY DE CAMPO

Redes este trabajo en los términos de
conservación y desarrollo, en el
campo de la agricultura.

EL ATOR.

LECTOR.....

Interesante en todo tiempo LA HISTORIA Y CUESTION DE GIBRALTAR, lo es mucho más, sin duda, cuando la prensa inglesa y la española se han ocupado y ocupan de la devolucion de esa plaza á España, y cuando tal vez nos hallamos próximos á recuperarla.

No es posible formar juicio ni emitir opinion acertada sobre particular tan importante sin datos, y esta obrilla los contiene tan abundantes como el asunto exige, tan imparciales como la justicia aconseja, y tan concretos como la oportunidad reclama.

Voluminosas y caras todas las obras que se han escrito acerca de Gibraltar, muy pocos pueden adquirirlas y leerlas: hace falta, pues, un Compendio general, breve y económico, y es éste.

El capítulo de *generalidades* contiene cuantos datos y noticias de actualidad pueden desearse.

La *parte primera* es una ligerísima reseña de los acontecimientos más notables ocurridos en Gibraltar desde 711 á 1700 de nuestra era.

La *segunda* comprende la historia de la plaza desde la muerte de Carlos II hasta nuestros dias: los hechos de este período encierran y contienen LA CUESTION que hoy se discute, y por eso los tratamos con mayor detenimiento.

Reflexiones críticas y políticas, deducidas de la misma naturaleza de LA CUESTION, constituyen la *parte tercera*.

Estimular, mover y levantar el espíritu nacional, é ilustrar la opinion pública en cuestion tan verdaderamente importante, es el fin que el autor de este trabajo se propone: realizarlo en bien de la patria es su deseo.

INTRODUCCION.

GENERALIDADES SOBRE GIBRALTAR : DATOS CURIOSOS.

Gibraltar se halla situado á los $36^{\circ} 6' 42''$ latitud N., y $1^{\circ} 38' 55''$ longitud O. del meridiano de Madrid.

Edificada en la extremidad más meridional de la Península Ibérica, sobre el promontorio denominado *punta de Europa*, señala el límite entre Europa y África, entre la civilizacion y la barbarie.

Cortado casi verticalmente por el E. ese gran promontorio, levántase sombrío y gigantesco, cual una pirámide de Egipto, á una altura de 420 metros, extendiéndose luégo en rápido declive por el O. y midiendo 1 kilómetro 254 metros de latitud. Su eje longitudinal de N. á S. tiene 4 kilómetros 228 metros; su perímetro excede de 11 kilómetros.

La grandiosidad del monte y de las crestas que le coronan es tal, que es imposible verlo sin admiracion profunda.

Un istmo de arena movediza que tiene de longitud una milla y media, de latitud mínima 1 kilómetro 750 metros, y 10 piés de elevacion sobre el nivel del mar, lo une por el N. al continente.

¿Desde cuándo existe Gibraltar? Se ignora.
 ¿Existia cuando España era provincia romana?
 ¿Quién fué su fundador? ¿De dónde viene su nombre? Tambien se ignora.

Las razones en que los orientalistas se fundan para defender que el nombre de Gibraltar fué formado por los árabes de las raíces hebreas *Ghebal*, *at* ó *ali*, que significan *monte alto*, y las que aducen los que sustentan que procede de Dejbal-Tarik, caudillo moro invasor de la Península en 710, distan mucho de ser concluyentes.

Lo más probable y seguro es que existia cuando la invasion sarracena.

No falta algun ilustrado geólogo que defienda con Mr. Godard, abate frances de nuestros dias, y aduciendo razones poderosas, que Gibraltar existió ántes del Diluvio.

Acerca, pues, de Gibraltar en la antigüedad existen tantas dudas, como equivocaciones sobre el Gibraltar moderno. Si es aventurado decir que no existia en los primeros siglos del Cristianismo, y que los godos nunca la poseyeron, erróneo, por

no decir absurdo, es el afirmar que en su actual situacion podria tomarse en una noche ó que es inexpugnable.

Así pues, la existencia indubitada de Gibraltar data desde la invasion agarena; de épocas anteriores nada se sabe: mas, que se ignore su anterior historia, nunca querrá decir que no existiera ántes del año 711.

En dos partes se halla dividida la poblacion actual: una, la ciudad propiamente dicha, y otra, la llamada Europa.

La ciudad tiene de longitud 6.000 piés, 1.000 de latitud, y tres puertas; la de tierra, sobre el istmo, la del mar, que da al muelle nuevo, y la nueva, del muelle viejo. Una ancha calle, denominada Real por los españoles, y *Main Street, calle principal*, por los ingleses, la atraviesa de N. á S. y es el centro del comercio, de la animacion y la riqueza.

Entre católicos, que son los más, protestantes, judíos y moros, que son los ménos, contará unos 20.000 habitantes.

La puerta de tierra está defendida por las baterías de las rocas próximas y por una triple línea de cañones, situada sobre la llamada *Gran batería*, que con el glacis, ó camino cubierto, y foso, ocupa el espacio comprendido entre el agua de la ensenada y los escarpes del monte.

El istmo se halla perforado por várias minas

que estallarían á la primera acometida, para impedir toda comunicacion terrestre con la plaza.

En el monte y en toda la extension de la muralla, magníficas fortificaciones y soberbias baterías acasamatadas suspenden la atencion del viajero; más de treinta años hace que los ingleses no cesan un sólo dia en las obras de defensa, empleando unos 30 millones anuales.

De 800 á 1.000 cañones, perfectamente artillados y preparados, cruzan sus fuegos, dominando, no tan sólo un buen trecho del litoral español, sino parte del Mediterráneo, y gran extension de la bahía.

Escalonadas al descubierto, unas sobre otras, las baterías altas, ó excavadas en la roca, se extienden por el N. E., amenazando al territorio español desde las altísimas troneras de las galerías abiertas en la roca misma. Distribuidas estas baterías en tres órdenes, comunicanse entre sí por caminos cubiertos y rampas. Plazas de armas, depósitos de agua, almacenes, ventiladores y escaleras que, admirablemente situados, hay en las galerías, con sus números y rótulos para que sea fácil entenderse en tal laberinto, hacen de este lugar una verdadera maravilla del arte.

Sobre el mamelon más alto del monte, y dominando los vientos S. E. y O., se halla el *Atcho signal house*, batería desde la cual se dispara el cañon de señal para abrir las puertas por la ma-

ñana y cerrarlas por la noche: desde un alto mástil, colocado en medio de la misma batería, se anuncian por signos los buques que hácia la plaza van, aunque estén á algunas leguas de distancia.

El panorama que desde esta eminencia se descubre, no puede ser más bello, más sorprendente ni más magnífico.

Multitud de cuarteles y almacenes, abundantemente provistos de pertrechos de guerra y víveres, se ven por do quiera, contruidos, con raras excepciones, en las murallas; algunos son subterráneos.

Siendo escasísimos los manantiales de agua, grandes cisternas y depósitos monstruosos recogen las llovedizas para el consumo.

Los pueblos próximos españoles, y principalmente los del litoral africano, proveen de víveres á la ciudad.

La ensenada, que desde la *punta de Europa* á la *del Carnero* mide legua y media, tiene dos de ancho y otras dos próximamente de largo: ambas puntas vienen á ser como los extremos de la colossal herradura que la ensenada forma.

El jefe de la colonia es un gobernador militar de la clase de generales, y reasume en sí casi todos los poderes.

Los vecinos de Gibraltar no disfrutaban derechos políticos; los civiles, en cambio, los tienen perfectamente garantizados.

El domicilio es inviolable; la libertad completa, y la seguridad personal casi absoluta.

En los negocios importantes, la justicia es administrada por un tribunal colegiado, compuesto de un juez, un fiscal y un jurado de diez y nueve miembros, cabezas de familia; este tribunal celebra sesiones cada tres meses, y sus fallos son apellables á Lóndres.

Los asuntos sencillos se resuelven por un tribunal especial.

Las cuestiones comerciales se dirimen por una junta sin carácter oficial.

La policía se halla á cargo de un magistrado, con los dependientes necesarios.

Los delitos se castigan con tanta prontitud como energía; razon por la cual, indudablemente, la autoridad de aquel magistrado es tan temida como respetada, y la de sus dependientes tan respetada como temida.

Como sólo para los infelices desertores del ejército existe ley de mutua extradicion, tal vez y sin tal vez porque conviene á Inglaterra, la plaza ha sido siempre, y es, guarida de malhechores y de gentes de mal vivir.

De la bebida se usa y abusa hasta un extremo increíble; los soldados ingleses, sobre todo, honran con sus frecuentes visitas los tabernáculos del dios Baco, muy numerosos por cierto.

Hay libertad de cultos.

Los católicos, que forman la gran mayoría de la poblacion, tienen dos templos; su jefe es un vicario general, *obispo in partibus*; el clero vive en comunidad con él, y es virtuoso, ejemplar é ilustrado.

El obispo católico, ademas de los colegios para pobres que costea, preside uno magnífico de jóvenes, por él fundado, y otro de niñas: los hijos de las familias más notables de la plaza, y aún de las ciudades de Andalucía, se educan en ellos con brillantes resultados.

Para el estudio de lenguas vivas, por hablarse en la plaza el inglés, el frances, el español, el árabe, etc., son los colegios de la poblacion inmejorables.

Los soldados católicos irlandeses, por regla general, admiran por la integridad y pureza de sus costumbres.

Los protestantes, en sus várias sectas, los judíos y los moros tienen tambien sus templos respectivos: nadie es molestado en sus actos de culto religioso.

La parte de la clase pobre de Gibraltar que no es católica, llámese como se quiera, puede decirse que no tiene religion.

Los judíos son mirados con prevencion y desprecio; los moros con repugnancia y con lástima.

La guarnicion nunca baja de 6.000 hombres.

La oficialidad, sin trato con los naturales, vive

de una manera especial, gastando inmensas sumas en sus diversiones y en sus vicios.

Á excepcion de los pocos vecinos de la ciudad, cuantos en ella viven, hijos de todas partes del globo, pueden considerarse como transeuntes.

En la plaza no hay que buscar costumbres, ni espíritu de localidad ni tradiciones, porque no existen.

Ocupado cada cual en su negocio, sólo de tener á fin de año un buen balance se cuida.

Por eso, á pesar de la bellísima posicion que Gibraltar ocupa, y de tener buenas calles y edificios, es sombrío y triste: parece que todo en él revela la injusticia que cometieron los ingleses al usurparla á España y la cometen reteniéndola.

El inglés en Gibraltar, más que un amigo parece un enemigo; siempre está en ademan hostil y prevenido.

El comercio, que no hace mucho constituia la base principal de la animacion y la vida de Gibraltar, ha decaido notablemente en los últimos años, merced á los progresos de nuestra industria y á las reformas oportunísimas en las leyes arancelarias.

El contrabando consiguientemente está muerto, y los naturales de los pueblos próximos, que á él se dedicaban, en la mayor miseria.

Tan grande es ésta en algunos puntos, que, para no morir de hambre, emigran muchísimos al interior en busca de trabajo.

En reciprocidad Gibraltar, centro un día de riqueza y de fortísimo comercio, no es otra cosa que una ciudadela formidable y una carbonera inglesa en el Estrecho.

Dados estos antecedentes generales, entremos en la historia.

En consecuencia, el libro de
Miguel y de la familia de Miguel
que una familia formidable y una carpa
nada de la familia.
— Los otros miembros de la familia
en la familia.

PRIMERA PARTE.

GIBRALTAR DESDE 711 Á 1700.

I.

Tomada ó fundada Gibraltar en 711 por Tarik, caudillo de la invasion sarracena, hasta 1309 fué poseida pacíficamente por los moros.

Las noticias que respecto á Gibraltar tenemos de fecha á fecha son escasas y de poquísimo interés.

Para nosotros, pues, la historia cierta é interesante de Gibraltar empieza en 1309: de su importancia puede juzgarse con sólo decir, que, sin contar las correrías, ataques y escaramuzas de

que la plaza fué objeto , ha sufrido catorce sitios, casi todos formidables : tan codiciada fué siempre esa joya del Estrecho.

II.

Primer sitio.

Deseoso el rey Fernando IV de poseer á Gibraltar, y noticioso de que estaba desguarnecida, ordenó al celeberrimo alcaide de Tarifa D. Alonso Perez de Guzman el Bueno que la cercase y tomara. En cumplimiento del real mandato, acompañado de una lucida hueste, el muy fiel alcaide se encaminó á Gibraltar y la sitió. Al mes la plaza era de España, y el mismo Fernando IV fué á tomar posesion de ella, dando gracias á Dios, segun dice la crónica, *por la merced que le habia hecho de un castillo y pueblo de tanta fortaleza.*

III.

Segundo sitio.

En 1316, Ismail, rey de Granada, quiso rescatarla y la sitió; pero, oportunamente socorridos los españoles por el infante D. Pedro, rechazaron á los moros y les obligaron á retirarse.

IV.

Tercer sitio.

En 1332, Mohamed IV, rey de Granada, determinó realizar lo que Ismail no había podido, y al efecto cercó la plaza. El caballero gallego Vasco Perez de Meira, alcaide de la fortaleza, cuya vergonzosa codicia llegó al extremo de hacerle vender á los moros de las cercanías los escasos víveres de la guarnicion, fué encargado de la defensa. Cuatro meses y medio duró el sitio, y tanta y tan grande fué la carestía de víveres entre los sitiados, que se vieron precisados á comer los cueros de los escudos, remojándolos. Mas, fué en vano tanto sufrimiento y constancia; porque, creyendo Vasco Perez que no recibiría auxilios, entregó la ciudadela. Cuando esto sucedió, iba el rey en su socorro.

La circunstancia de haberse encontrado en el castillo que el alcaide defendió víveres para cinco dias, y la de haber huido al Africa á ocultar entre los moros su vergüenza y su deshonor, han hecho que la historia arroje sobre él las notas infamantes de traidor y de cobarde, amén de la de dilapidador, que de antemano merecia.

Poco despues el rey de Marruecos, Abul Hassam, se apoderó de la plaza como de cosa propia; y aunque el granadino lo llevó muy á mal, disimuló su disgusto y calló por no malquistarse con Hassam.

V.

Cuarto sitio.

En Julio de 1333 el rey Alfonso XI sitió á Gibraltar; hizo una desgraciadisima tentativa de asalto, en que sucumbieron algunos valientes, y levantó el cerco, obligado, más que por su voluntad, por la falta de víveres y por el parecer de su Consejo.

Marchaba el rey cabizbajo y triste, pensando en el desamparo en que quedaban algunos soldados, á quienes, por hallarse incomunicados en el monte, esperaba una muerte ciertísima, y algunos magnates preguntáronle el por qué de su pena: el rey lo dijo. Aconsejáronle entónces que volviese, y así lo hizo al punto, libertando *in continenti* á los soldados y regularizando de nuevo el sitio.

El rey granadino acudió en auxilio del de Marruecos, y ambos consiguieron que el monarca español se retirara despues de dos meses, concediéndole algunas ventajas.

El rey de Granada, sin cuya ayuda habria perdido el de Marruecos la plaza, fué en ésta vilmente asesinado; tal pago recibió por su generosa conducta.

VI.

Quinto sitio.

Soñaba Alfonso XI en la posesion de Gibraltar, y deseando vivamente arrancarla al marroquí, otra vez en 1349 la sitió.

Ocho meses iban trascurridos, hallándose bastante adelantados los trabajos, cuando la epidemia llamada *landres* empezó á hacer víctimas en el campamento cristiano. Casi todos los magnates que al rey acompañaban, y áun su misma esposa Doña Leonor de Guzman, que con él compartió las fatigas de la campaña, se empeñaron en que el monarca se retirase; todo fué en balde. A los ruegos y á las súplicas contestó con indignacion Don Alfonso: « *Que pues tenia tan apretado el cerco, que en poco tiempo podria recobrar la villa, vergüenza grande sería dejarlo así, por miedo de la muerte;* » y desenvainando su espada la arrojó léjos, jurando no salir del espacio que el

arma habia señalado en su caída, hasta recuperar la fortaleza.

Tan heroica resolución le costó la vida; pues, acometido de la peste, murió el 26 de Marzo del año 1350.

Sus brillantes dotes de valor, sus excelentes cualidades guerreras, su energía y su constancia sobrehumanas borran los lunares de sus flaquezas, y le proclaman como el caudillo más valiente de su época y como la honra y figura más interesante de su siglo.

Los mismos enemigos sintieron tan vivamente la muerte del inmortal guerrero, que muchos magnates hasta vistieron por ella luto.

Al fallecimiento del célebre Abul-Hassam, que tanto dió que hacer á los cristianos, ocupó el trono marroquí su hijo Abu-Anam, el cual nombró walí de Gibraltar á Isa-Ben-Alhassam: aprovechándose éste de las azarosas circunstancias por que atravesaba Marruecos, alzóse con la soberanía de la fortaleza, proclamándose rey de ella y de su campo. Pero llevó pronto su castigo; pues concitados contra él los ánimos de sus súbditos por su crueldad y maldades, le pusieron preso con su hijo, y conducidos ambos á Ceuta, **Abu-Anam** les hizo morir entre los tormentos más terribles.

VII.

Sexto sitio.

Las sangrientas luchas que desde 1354 á 1360 conmovieron profundamente más de una vez los tronos de Granada y de Marruecos, hicieron que Gibraltar cambiase de dueño: saliendo del poder del segundo, fué otra vez al del primero.

Se ignora en qué año sucedió esto.

En 1440, no pudiendo los habitantes de la plaza soportar la tiranía de los walíes, imploraron la proteccion de Abu Said, rey de Marruecos, ofreciéndole vasallaje. Aceptó el Marroquí, y con el generoso fin de deshacerse de un hermano suyo, Cid Abu Said, que le estorbaba, lo envió al frente de 2.000 hombres: los habitantes de Gibraltar le abrieron alborozados las puertas, y la plaza fué ocupada sin el menor obstáculo.

El wali avisó á Jussuf su rey, y retirándose al castillo, fuerte en él, desde allí esperó respuesta. Ya, desconfiado, trataba de rendirse, cuando el príncipe granadino Cid Amed llegó con un refuerzo poderoso y sitió al de Marruecos.

Apretado Cid Abu por los de fuera y por los del castillo, pidió socorro á su hermano; pero éste,

con intencion dañada , le envió poca gente en malos y pobres barcos , y aquél tuvo que entregarse.

Hecho prisionero , fué conducido á Granada.

Abu Said envió entónces emisarios á Jussuf para que diese muerte á su hermano ; mas , desoyendo el generoso rey sugestion tan vil , é interesándose por Cid Abu , su prisionero , al frente de un numeroso ejército lo envió contra Abu Said : vencido y destronado éste , Cid Abu fué proclamado rey.

VIII.

Sétimo sitio.

Presente en la memoria del conde de Niebla que Guzman el Bueno , su abuelo , fué el primer conquistador de la plaza , pensó en reconquistarla , y reuniendo al efecto una hueste respetable , se dirigió á Gibraltar y la sitió.

Siguiendo el mismo plan de ataque que con tan infeliz éxito habia ensayado el inmortal Alfonso XI , atacó la plaza por tierra y por los arenales colorados á un mismo tiempo. Batíanse como leones los que por esta parte peleaban , y fija su atencion en el combate , no advirtieron que las

aguas del mar, en el flujo, iban cubriendo paulatinamente el suelo que pisaban.

Anegados totalmente ántes de mucho, y cortada toda retirada, el espectáculo que el mar por aquella parte ofreció fué espantosamente horrible.

Presuroso acudió el conde á salvar á los que, nadando bajo los tiros enemigos, gritaban desesperados pidiendo socorro; pero su generoso deseo de admitir en la galera más gente que en ella cabia, hizo zozobrar á ésta, y todos perecieron. Más de cuarenta caballeros de la más distinguida nobleza y en la más florida edad sucumbieron con el ilustre descendiente de Guzman el Bueno.

La desgraciada muerte del malogrado conde, por cuyo cadáver no quisieron aceptar rescate los moros, la cantó Juan de Mena, poeta contemporáneo, en sentidísimas octavas.

IX.

Octavo sitio.

Desguarnecida Gibraltar en 1462, Alí el Curro, moro recién convertido, aconsejó y persuadió al alcaide de Tarifa, Alonso Arcos, á que cayera de improviso sobre ella. Reunió el alcaide apresuradamente cuanta gente pudo, y dió el golpe; co-

bardes los moros en aquella ocasion, se rindieron á la primera acometida de los cristianos y entregaron la fortaleza. Dueños luégo de ella el duque de Medinasidonia y el conde de Arcos, quedó pronto por el duque; mas la gloria de la jornada, del modesto alcaide es toda.

En el mismo año, Enrique IV, ó por evitar las rivalidades entre las casas de los títulos mencionados, ó porque creyese que la conquista, como hecha por el alcaide de Tarifa, correspondia á la nacion, ó porque considerase que situacion tan importante debia pertenecer á la Corona, la agregó á ella, enviando á Pedro Porras, en calidad de alcaide, para que la gobernase.

El duque se opuso; pero, no contando con fuerzas para vencer las reales, *voluntariamente* entregó la plaza.

Los trastornos que por entónces sobrevinieron en Castilla, la ridícula deposicion pública del rey en Junio de 1465, la proclamacion del príncipe Don Alfonso, y una cédula de donacion de Gibraltar que éste otorgó á favor del duque de Medinasidonia, para sí y sus herederos, decidieron al duque á apoderarse de la plaza; reunió tropas, y á ella se dirigió.

X.

Noveno sitio.

Este suceso tuvo lugar en 1466.

Apénas llegó el duque á Gibraltar, la sitió. No acobardó al alcaide Estéban de Villacreces la osadía del magnate ni sus fuerzas, aunque, por haber tregua con los moros, se hallaba con poca gente: avisó al rey, armó á los vecinos que pudo, y abandonando la ciudad se refugió en el castillo, decidido á defenderse. Diez meses habia que resistia heroico los continuos ataques del enemigo, cuando, reforzadas las tropas de éste, abrieron brecha en el castillo y lo asaltaron. El valiente y fiel alcaide se hizo fuerte en la torre de Calahorra con los soldados que le habian sobrevivido, y desde allí se defendió durante cinco meses más: parece inverosímil tanta constancia. Hallándose al cabo de ese tiempo sin gente, sin esperanzas de auxilio y sin víveres, pues que con raíces y con los cueros de los zapatos, cocidos, se alimentaron últimamente, despues de una de las más gloriosas defensas que registra la historia, en Junio de 1467 capituló y se entregó con su mujer é hijos. Tan innoble é indigno fué el

comportamiento del duque con Villacreces, que vale más no recordarlo.

En 1468 quedó Enrique IV dueño único de la corona por fallecimiento del infante, su competidor, y, débil hasta un extremo inconcebible, confirmó en 1469 al duque la cesion de Gibraltar que su hermano le habia hecho.

XI.

Gibraltar durante el reinado de Isabel la Católica.

Muerto Enrique IV en Diciembre de 1474, y proclamada por reina de Castilla la princesa Isabel, reconocida ésta á los servicios que el mencionado duque de Medinasidonia habia prestado á su causa, en 1478 le confirmó la predicha donacion de Gibraltar, con el título de marqués de ella.

En 1482 Muley Hassan hizo una correria por el campo próximo á la plaza, é intentó tomarla; mas, defendida por el valiente Pedro Vargas, Muley tuvo que retirarse.

En 1492, durante el sitio de Granada, la reina Isabel, que por efecto de las circunstancias habia confirmado al duque en la posesion de Gibraltar, deseosa de adquirir plaza tan importante, le propuso el cambio por Utrera: el duque no accedió;

mas, muerto éste poco despues de la toma de Granada, al pedir su hijo primogénito D. Juan la confirmacion de los favores y privilegios de que la casa de Medina disfrutaba, la reina contestó: «que accederia á lo solicitado, con tal que Gibraltar fuese cedida por la casa de Medina á la Corona.» Fuerte y mesuradamente representó el duque contra semejante acuerdo, y la reina, segura de que en otra ocasion satisfaria su deseo, recientes aún los importantes servicios del difunto duque, movida á los ruegos del heredero de éste, accedió á su demanda, ratificándole en la posesion de la codiciada fortaleza.

Pasaron algunos años; y, *como fuese ya otro el tiempo y el estado de las cosas*, sin ambajes ni rodeos los Reyes Católicos pidieron la plaza al duque en 1501.

Lo que á éste desagradaria la peticion, fácilmente se comprende; pero, no habiendo otro remedio, *voluntariamente* dió posesion de la plaza á Garcilaso de la Vega en nombre de la Corona.

Al morir Isabel I, dispuso y ordenó en su testamento que sus sucesores no enajenasen ni consintiesen enajenar nada de lo que pertenecia á la Corona, *y muy especialmente á Gibraltar*. Tal era el aprecio en que la inmortal reina, orgullo de nuestra nacion, tenia la plaza.

XII.

Décimo sitio.

Apénas faltó la reina, varios magnates mal avenidos con el orden por ella establecido, que siempre hubo ambiciosos y descontentos, creyendo que podrian medrar reproduciendo los turbulentos dias del desgraciado Enrique IV, se unieron á Don Felipe y á Doña Juana contra Don Fernando; y como el duque de Medinasidonia ansiaba apoderarse de Gibraltar, uno fué de los primeros en levantarse.

Muere Don Felipe en 1506; y hallándose el rey Don Fernando en Nápoles, y vista la incapacidad de Doña Juana, se nombró un Consejo de Regencia, presidido por el cardenal Cisneros: Don Juan juzgó propicia la ocasion para caer sobre Gibraltar y recobrarla; y, preparando á toda prisa un ejército, la sitió. Tan *voluntariamente* fué la cesión que á los Reyes Católicos hizo.

Esperaba Don Juan que los habitantes de la plaza le abririan las puertas tan luégo como él se presentó en ellas; mas no fué así, que habiendo estimado oportuno el alcaide, los regidores y jurados rechazarle, como enemigo lo trataron.

El duque conoció su error tarde, y, despues de algunos meses y de muchos gastos, levantó el sitio.

El proceder de Don Juan no quedó sin castigo; pues, ademas de ser condenado por el Consejo de Regencia á satisfacer los daños y perjuicios causados á los vecinos por el sitio (indemnizacion que tuvo lugar del modo más solemne en la puerta de la Atarazana, recibiendo ducado sobre ducado cada vecino el importe de lo que probaba haber perdido), cuando volvió el rey Don Fernando sitió á la villa de Niebla, que era del duque, y la asaltó y saqueó, ahorcando parte de su Ayuntamiento: la villa de Niebla fué la que más contingente de tropas dió para la referida expedicion contra la plaza.

Muerto Don Fernando, y proclamado rey Don Carlos su nieto, muchos descontentos se alzaron contra él, dando lugar á la guerra civil de las Comunidades. El alcaide de Gibraltar se unió á los sublevados; pero la ciudad no secundó el grito de rebelion, y permaneció fiel al rey. Complacido éste con semejante prueba de lealtad, dos años consecutivos, en 1520 y en 1521, envió emisarios á Gibraltar con cartas dando gracias á la poblacion y al Consejo.

XIII.

Saqueo de Gibraltar por Caramani.

Desde 1520 á 1539 nada ocurrió en la plaza que digno de mencion sea; pero en 1540 fué teatro de un desgraciadísimo suceso.

Un renegado italiano, Caramani de apellido, que por algun tiempo habia sido esclavo de Don Rodrigo Bazán, alcaide de la fortaleza, propuso al virey de Argel, Hacen Agá, el proyecto de una expedicion contra la plaza, ponderando lo fácil que sería tomarla, ó cautivar por lo ménos gran número de sus habitantes. Aceptó Hacen, y en Agosto del referido año salió de Argel la expedicion, llevando por jefes al renegado y á Heli Hamet.

En 8 de Setiembre llegaron á la vista de la plaza: el alcaide y el corregidor estaban ausentes. El teniente de alcaide, prevenido oportunamente, deliberó con el alcalde y regidores, y, no comprendiendo sin duda lo inminente y grave del peligro que les amenazaba, nada resolvieron.

El dia 10 sorprendieron los moros á la ciudad. Tan desprevenida se encontraba ésta, que los vecinos no se apercibieron de la presencia del ene-

migo hasta tenerle en las calles: la alarma, el terror y la confusion fueron indescriptibles.

Juan de Sanabria, hijo del valeroso y noble caballero D. Andres Suazo de Sanabria, el esforzado regidor D. Francisco Mendoza, y el valiente presbítero D. Juan de Fontalva, se opusieron intrépidos al enemigo, realizando hechos dignos de perpetua loa. Sólo el presbítero con cinco hombres de á caballo defendió la iglesia, en la que se habia refugiado multitud de mujeres y niños, y rechazó victoriosamente á los moros por aquella parte. Sanabria y Mendoza se portaron como héroes.

Á pesar del gran número de africanos que sobre la ciudad cayó, sólo pudieron hacer cautivos á 6 hombres y 64 mujeres: entre aquellos se contaba gravemente herido el valiente Mendoza: el botin que allegaron no fué grande.

Sanabria murió el dia 11 á consecuencia de las heridas.

Los moros huyeron en sus galeras, y en el Peñon de la Gomera por 4.600 ducados fueron rescatados los cautivos.

Con las fuerzas y medios que llevaba Caramani, otros enemigos que piratas miserables, y como tales cobardes y viles, se habrian apoderado de Gibraltar; el renegado y los suyos no lo hicieron, porque los infames criminales, si parecen valien-



tes ante débiles mujeres y niños, ante dignos españoles no pudieron hacer más que correr como conejos á la desbandada.

XIV.

Episodio sublime.

Un hecho notabilísimo de generosidad y nobleza tuvo lugar durante la sensible desgracia que acabamos de relatar, y no queremos omitirlo. La esclava de un vecino de Gibraltar, anciano y ciego, llamado Pedro Herrera, tropezó con el enemigo en los arrabales; y no obstante que debió considerar á los turcos como salvadores, corrió presuroso á la ciudad á prevenir á su amo del peligro. Tranquilo y satisfecho lo halló en una de las calles; y como por sus años y ceguera no pudiese andar deprisa, cargóle sobre sus hombros, y, atravesando un gran trecho, no paró hasta dejarle á salvo en la fortaleza.

Hechos como éste jamás deben olvidarse.

XV.

Digno fin de Heli-Hamet y Caramani.

Orgullosos los piratas, huían alegres con el fruto de sus correrías y de su crimen.

A las alturas ya de las islas de Arborán, frente al cabo de Fegato, considerábanse libres de todo riesgo, cuando hé aquí que D. Bernardino de Mendoza, almirante de una escuadra cristiana que desde Cartagena habia salido á dar caza á los turcos, noticioso del suceso, los encontró. Sin reparar en la inferioridad de sus fuerzas, embistió al enemigo de la manera más ruda y lo derrotó completamente, echándole á pique una galera, apresándole ocho, rescutando más de 800 cristianos, y haciendo cautivos más de 400 moros.

Herido Caramani por el almirante Mendoza, los arcabuceros lo acabaron.

Heli-Hamet, herido tambien, se tiró al mar.

Las fuerzas cristianas, á pesar de lo encarnizado de la lucha, sólo tuvieron entre muertos y heridos 130 hombres fuera de combate.

El fin, pues, de tan vil expedicion fué tan digno de ella, como indigno é innoble el propósito de sus jefes al realizarla.

XVI.

Otra sorpresa.

Atendiendo el emperador Cárlos V á las repetidas instancias de las autoridades de Gibraltar y sus vecinos, en 1552 mandó reparar las fortificaciones. (1)

A tiempo se hicieron las obras, pues los moros cayeron de improviso sobre la ciudad en 1558, y otra vez sorprendieron desprevenido al vecindario.

Cundió rápidamente con la noticia la alarma, se tocó á rebato, y varios caballeros se presentaron intrépidos á resistir al enemigo. Reñido fué el combate y tenaz la lucha; pero, vencedores los cristianos, los moros huyeron precipitadamente.

El noble y generoso Andres de Sanabria, que á pesar de sus años salió á combatir al enemigo, murió atravesado de un balazo; la ciudad le lloró amargamente, y su pérdida hizo época en la plaza.

(1) Una de las murallas que se construyeron en esta ocasion existe actualmente y se llama de Cárlos V: separa á la ciudad de Europa.

XVII.

Gibraltar en tiempo de Felipe II, Felipe III
y Felipe IV.

Durante el reinado de Felipe II, cuando en 1569 se rebelaron los moriscos de las Alpujarras, Gibraltar ayudó al monarca con una compañía de infantes, manteniendo además la plaza en buen estado de defensa; agradecido el rey, dió orden de aumentar las fortalezas.

Reinando Felipe III, al ser expulsados imprudentemente en 1609 los moros de España, la mayor parte de los que en Andalucía habitaban, en Gibraltar se embarcaron para el Africa: la ciudad, pues, presenció el singularísimo espectáculo de ver salir por sus puertas á los hijos de los terribles conquistadores que nueve siglos ántes, desembarcando en aquellos lugares, se hicieron dueños de casi toda la Península.

En 1624 Felipe IV, acompañado del conde-duque de Olivares, visitó á Gibraltar; el Ayuntamiento y el gobernador salieron á recibirle.

Las revueltas que á la plaza conducian, y las estrechas puertas de ésta no permitieron el paso de la carroza real, y fué preciso deshacerla.

Incomodado grandemente por ello el conde-
duque, reprendió al gobernador con acritud por-
que no dispuso ensanchar aquéllas. *Las puertas
no se han hecho para que entren carrozas, sino
para que no entren enemigos*, contestó dignamente
el gobernador al adulator favorito: la historia, con
justicia, ha conservado esta respuesta.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.